

MARTIROLOGIO

**ACTAS SELECTAS
DE LOS MARTIRES**

TOMO I

Traducción y notas del
P. Baudilio Luis Ruiz, benedictino de Silos

Serie
Los Santos Padres
N.º 45

APOSTOLADO MARIANO
Recaredo, 44
41003 - Sevilla

Depósito Legal: SE-550-1991

I.S.B.N.: Tomo II - 84-7770-175-X

I.S.B.N.: Obra Completa - 84-7770-174-1

IMPRESO EN ESPAÑA-PRINTE IN SPAIN

Imprime: Gráficas Mirte S.A., Polígono Calonge, calle A, Parcela 10, Naves 7 y 9, 41007 Sevilla

PROLOGO

Fieles al propósito que persigue esta colección "Excelsa", de publicar en nuestra lengua castellana los escritos de los primeros siglos de la antigüedad cristiana, presentamos en estas páginas la traducción de quince Actas de mártires, escogidas todas ellas de entre las de los cuatro primeros siglos. Su lectura nos traslada a aquellos azorosos días, llenos de sobresalto para la Iglesia, a quien tenían declarada guerra de exterminio las leyes del Estado. El lenguaje de estas Actas es sencillo y sin pretensiones literarias, delatando las más de las veces a un testigo ocular del martirio, que traslada al papel las últimas palabras y gestos de un hermano en la fe o de un amigo, para enfervorizarse más tarde con su lectura, o para comunicarlas a otros que no tuvieron la dicha de asistir a los últimos momentos del mártir. Otras veces la narración se hizo para ser enviada a iglesias lejanas, como sucede con los mártires de Lyon. Incluso se da el caso, como en Santa Perpetua, de que es el mismo mártir el que nos narra su propia pasión, encargando a algún hermano completar lo que él no pudiera escribir.

Para escoger las Actas se ha preferido siempre aquellas cuya autenticidad dan por más segura autores muy competentes en la materia, como B. H. Leclerque, Paul Allard, H. Belhaye, S. J., holandista belga, primera autoridad en la materia..., aunque la índole de este trabajo de divulgación no nos permite entrar en discusiones históricas. Casi todas ellas están traducidas de la obra del P. Teodorico Ruinart, O.S.B. "Acta primorum Martyrum sincera et selecta" ..., Amsterdam, 1713. Para las que no se han traducido de ella se pone en nota el original de donde se han tomado.

La traducción se ha procurado sea lo más literal posible, siempre que el buen sentido de la frase lo permitía. En algunos casos, para mayor claridad, nos hemos permitido añadir alguna palabra que no

se halla en latín, aunque, en general, las aclaraciones y explicaciones las hemos puesto en nota. Además, al final de cada Acta, se ha puesto una noticia, en la que se exponen las circunstancias de la persecución en que ocurrió el martirio, quién es el autor de las Actas, datos de su autenticidad o algunas explicaciones, que hemos creído útiles para su mejor inteligencia.

Hemos comenzado con la historia de la Pasión de Nuestro Señor Jesucristo, no traduciéndola directamente de uno de los cuatro Evangelios, sino de la Concordancia que de todos ellos compuso Taciano, autor de la segunda mitad del siglo II, ya que esta colección "Excel-sa" se ha propuesto traducir textos de la primitiva literatura cristiana, y los fragmentos del "Día tesaron", de Taciano, merecen figurar en ella. Otra razón que nos ha movido a ello es el haber sido Jesucristo el modelo de todos los mártires.

Sigue a continuación el martirio del protomártir San Esteban, narración bíblica que conmueve. Después, por orden cronológico, hemos reunido trece Actas de mártires, todas ellas edificantes a cual más, historia vivida de la época de las persecuciones, época de terror, de heroísmos y entusiasmos por el ideal cristiano.

EL TRADUCTOR

PASION DE NUESTRO SEÑOR JESUCRISTO

Dicho esto, pasó con sus discípulos al otro lado del torrente Cedón, donde había un huerto, en el cual entró con ellos. Judas el traidor también conocía el lugar, porque Jesús solía retirarse a él con sus discípulos. Llegados, pues, allá, les dijo: “Esperad aquí mientras voy a orar; orad también vosotros para que no caigáis en tentación”. Y tomando consigo a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, comenzó a entristecerse, y anegado en una profunda aflicción, les dijo: “Mi alma está llena de una tristeza mortal; estaos aquí y orad conmigo”. Y apartándose de ellos como un tiro de piedra, se echó de rodillas, pidiendo librarse de aquella hora, si fuera posible; y decía: “Padre, Padre, todo os es posible; si os parece alejad de mí este cáliz; sin embargo de eso, no se haga mi voluntad, sino la vuestra”.

Y volvió a sus discípulos, y halládoslos durmiendo dijo a Pedro: “Simón, ¿duermes? ¿Ni una hora habéis podido estar en vela conmigo? Velad y orad para que no caigáis en la tentación, porque el ánimo está presto, pero la carne es débil”.

De nuevo se fue otra vez a orar, y decía: “Padre mío, si no puede pasar este cáliz sin que yo le beba, hágase tu voluntad”. Volvió de nuevo a donde sus discípulos estaban y de nuevo los halló dormidos, porque sus ojos estaban cargados de sueño, y no supieron qué contestarle”.

Y dejándolos, por tercera vez, se fue a orar, repitiendo las mismas palabras. Entonces se le presentó un ángel y le confortó. Y habiendo entrado en agonía, redoblaba su oración, y un sudor de gotas de sangre corría hasta la tierra. Y cuando después de orar se levantó, y fue donde sus discípulos, los halló también dormidos, poseídos de gran tristeza, y les dijo: “Dormid y descansad. Basta; ha llegado la hora, y el Hijo del hombre va a ser puesto en las manos de los pecadores. Levantaos; vayamos, el que me entrega se acerca”. Estan-

do aún hablando, Judas, uno de los doce, llegó, y con él una multitud armada de espadas y palos que venía por orden de los príncipes de los sacerdotes y de los ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta consigna: “Aquel a quien yo bese, aquel es; apresadle y llevadle con precaución”.

En esto Jesús, sabiendo lo que había de suceder, se dirigió hacia ellos, y acercándosele Judas, le dijo: “Dios te guarde, Maestro”, y le besó.

Respondióle Jesús: “Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre? Amigo, ¿a qué has venido?”

Dijo entonces Jesús a los príncipes de los sacerdotes, a los oficiales del templo y a los ancianos del pueblo que habían venido a prenderle: “¿A quién buscáis?” Respondieron ellos: “A Jesús de Nazaret”. Díjoles Jesús: “Yo soy”.

Judas, que le traicionaba se hallaba entre ellos. Así que Jesús les dijo: “Yo soy”, retrocedieron y cayeron por tierra.

Les preguntó Jesús por segunda vez: “¿A quién buscáis?” Y dijeron: “A Jesús de Nazaret”. Respondió Jesús: “Ya os he dicho que soy yo. Pero si me buscáis a mí dejad ir libres a éstos”. Para que se verificara lo que había anunciado: “No perdí a ninguno de los que se me habían encomendado”.

Al mismo tiempo se echaron sobre él y le apresaron; los que con él estaban, viendo lo que iba a suceder, le dijeron: “Señor, ¿usamos las espadas?” Y Pedro, que tenía una, la desenvainó, y atacando a un siervo del Sumo Sacerdote, le cortó la oreja derecha; el siervo se llamaba Malco. Pero Jesús dijo a Pedro: “Guarda tu espada en su vaina; ¿no he de beber el cáliz que mi Padre me ha dado? Todo el que a hierro mata, a hierro morirá. ¿O es que no crees que puedo orar a mi Padre, y me enviaría al punto más de doce legiones de ángeles? ¿Cómo se habrán de cumplir las Escrituras, según las cuales todo esto debía suceder?” Y tocando la oreja del siervo le sanó.

En seguida dijo Jesús al pelotón que le venía a prender: “Habéis venido a prenderme, armados de espadas y palos, como si se tratara de un ladrón, habiendo estado yo enseñando de continuo en el templo, sin que me prendiérais; pero ésta es vuestra hora y la del poder de las tinieblas. Esto sucede para que se realice lo que los profetas escribieron”. Entonces los discípulos le abandonaron y huyeron todos. Al punto los soldados y el tribuno que los mandaba, junto con los enviados por los judíos, se apoderaron de Jesús y le ataron.

Y cuando llevaban a Jesús le seguía un joven envuelto en una sábana, y al querer cogerle, soltando la sábana huyó completamente desnudo.

Y llevaron a Jesús, primero, a la casa de Anás, que era suegro de Caifás, sumo sacerdote de aquel año. Caifás era aquel que había dado a los judíos el consejo de que convenía que muriera un hombre por todo el pueblo.

Pedro, con otro discípulo, seguía a Jesús, y siendo aquel discípulo conocido del sumo sacerdote, entró en el patio de su casa junto a Jesús, y Pedro se quedó a la puerta. Salió el discípulo conocido del sumo sacerdote y habló a la portera para que pudiera entrar Pedro. Y ésta portera, al ver a Pedro, le dijo: “¿No eras tú también uno de los discípulos de este hombre?” Pedro lo negó, diciendo: “Mujer, ni le conozco ni entiendo lo que dices”. Y los criados y oficiales del sumo sacerdote estaban allí alrededor de un fuego, porque hacía frío, y Pedro estaba con ellos calentándose, esperando ver en qué terminaba aquello.

Entre tanto, el sumo sacerdote preguntó a Jesús sobre su doctrina y sus discípulos; y Jesús le respondió: “Siempre he hablado en público, en la sinagoga y en el templo, donde se reúnen todos los judíos, y nunca he hablado en secreto. ¿Por qué, pues, me preguntáis a mí? Preguntad a los que me han escuchado qué es lo que les he dicho. Ellos saben lo que les he predicado”. Uno de los criados que allí había dio una bofetada a Jesús, diciéndole: “Así respondes al pontífice?” Le contestó Jesús: “Si he hablado mal, muéstralo, y si bien, ¿por qué me golpeas?” (Anás le había mandado atado a Caifás, el sumo sacerdote).

Mientras tanto, Simón Pedro continuaba calentándose, y una criada que le vio dijo a los circunstante: “Este también estaba con Jesús de Nazaret”. Pedro negó por segunda vez, diciendo con juramento: “No conozco a tal hombre”. Y un criado del pontífice, pariente de aquel a quien Pedro había cortado la oreja, le dijo, afirmando lo mismo: “Ciertamente este hombre también estaba con él; su misma habla le hace traición, o ¿es que no te vi yo con él en el huerto?” Entonces comenzó a jurar y perjurar, diciendo: “No conozco a ese hombre de que me habláis”. Y mientras hablaba cantó el gallo. Entonces, volviéndose el Señor, miró a Pedro, y Pedro acordóse de lo que el Señor le había dicho: “Antes de que el gallo cante dos veces, me negarás tú tres”; y saliendo fuera lloró amargamente.

En cuanto amaneció los ancianos del pueblo, los príncipes de los sacerdotes y los escribas se reunieron en concilio, y buscando un falso

testimonio para condenar a muerte a Jesús, no le hallaron por más falsos testigos que se presentaban, porque ellos estaban en contradicción. Al fin se presentaron dos, diciendo: “Nosotros le oímos decir: Yo destruiré este templo edificado por mano de hombres, y en tres días reedificaré otro que no sea obra de hombres”.

Y Jesús callaba.

Entonces el Pontífice, poniéndose en pie en medio de la asamblea, preguntó a Jesús y le dijo: “¿No tienes qué responder contra todo lo que éstos deponen contra ti?”

Pero Jesús guardaba silencio y no le respondió. Introduciéndole en su consejo le dijeron: “Si es que tú eres Cristo, dínoslo”. El les contestó: “Si os lo dijese, no me creeríais, y si os preguntara no me responderíais, ni me habíais de soltar”.

Y el sumo pontífice le dijo: “Por Dios vivo te conjuro nos digas si eres Cristo, el Hijo de Dios vivo”.

Jesús le respondió: “Tú lo has dicho”.

Entonces todos le dijeron: “¿Luego tú eres el Hijo de Dios”. Y él respondió: “Vosotros lo decís que lo soy; además os aseguro que llegará un día en que veréis al Hijo del hombre sentado a la diestra de la majestad de Dios, viniendo sobre las nubes del cielo”.

En seguida el sumo pontífice, rasgándose las vestiduras, exclamó: “Ha blasfemado”. Y todos gritaron: “¿Qué falta nos hacen nuevos testimonios, puesto que nosotros mismos lo hemos oído de su propia boca? ¿Qué os parece?”

Y todos respondieron: “Es reo de muerte”.

Y algunos comenzaron a escupirle a la cara, a golpearle y a mofarse de él, y a darle bofetadas y decir: “Cristo, profetiza, ¿quién es el que te ha dado?” Y proferían contra él otras muchas injurias y blasfemias.

De la casa de Caifás llevaron a Jesús al pretorio. Era por la mañana, y lo entregaron a Pilato; pero ellos no entraron en el pretorio, para no quedar impuros y poder comer la pascua.

Jesús fue presentado a Pilato; y saliendo Pilato vino a ellos y les dijo: “¿De qué crimen acusáis a este hombre?” Respondieron ellos: “Si no fuera un malhechor no te le hubiéramos entregado”. Le hemos hallado perturbando nuestra nación, impidiendo dar al César el tributo, y diciendo que él es Cristo y rey”.

Pilatos les dijo: “Tomadle y juzgadle según vuestra ley”. Pero respondieron los judíos: “Nosotros no podemos dar muerte a nadie”,

para que se cumpliera lo que Jesús había predicho, anunciando la muerte de que habrá de morir.

Entró de nuevo Pilato en el pretorio, y mandando traer a Jesús, le dijo: “¿Eres rey de los judíos?”

Jesús respondió: “¿Es que lo piensas tú así, o es que te lo han contado de mí?”

Respondió Pilato: “¿Acaso soy yo judío? Tus conciudadanos y los príncipes de los sacerdotes te han puesto en mis manos: ¿qué es lo que has hecho?”

Respondió Jesús: “Mi reino no es de este mundo; si de este mundo fuera, mis súbditos hubieran impedido que hubiera sido entregado a los judíos; pero mi reinado no es de acá abajo”.

Entonces le dijo Pilato: “Luego eres rey?”

Respondióle Jesús: “Tú lo dices: yo soy rey, y he venido al mundo para dar testimonio de la verdad. El que ama la verdad oye mi voz”.

Le dijo Pilato: “¿Qué es la verdad?” Y volviéndose a los judíos dijo a los príncipes de los sacerdotes y al pueblo: “No hallo ningún motivo para condenar a este hombre.

Pero ellos insistían con mayor fuerza y decían: “Solivianta al pueblo con su doctrina, predicándola desde Galilea, donde comenzó, hasta Judea”.

Pilato, al oír nombrar Galilea, preguntó si era galileo aquel hombre, y cuando se enteró de que lo era, y que por lo mismo pertenecía a la jurisdicción de Herodes, se lo mandó a él, puesto que se hallaba aquellos días en Jerusalén. Herodes se alegró de poder ver a Jesús, porque hacía tiempo que lo deseaba, por lo mucho que había oído hablar de él, y esperada verle obrar algún prodigio. Por más preguntas que le hizo, a ninguna le respondió Jesús.

Los príncipes de los sacerdotes y los escribas estaban allí acusándole constantemente. Pero Herodes y su corte sólo le trataron con desprecio, y poniéndole una vestidura blanca, se burló de él, y se le devolvió a Pilato. Y desde aquel día Herodes y Pilato, que antes eran enemigos, hicieron las paces.

Pilato, reuniendo a los príncipes de los sacerdotes, a los magistrados y al pueblo, les dijo: “Vosotros me habíais traído a este hombre como a un agitador del pueblo; y ya habéis visto que preguntándole yo delante de vosotros no he encontrado motivos para condenarle. Ni tampoco Herodes, porque os envié a él, y vosotros sois testigos de

que no ha encontrado en él ningún motivo para condenarle a muerte. Después de castigarle le pondré en libertad”.

Exclamó la multitud: “Quítale, quítale de entre nosotros”. Y los ancianos y los sacerdotes no cesaban de acusarle. Y él, a pesar de ser acusado, no respondía palabra.

Entonces le dijo Pilato: “¿No oyes cuántos testimonios dicen contra ti?” Jesús no contestaba, lo cual causó admiración a Pilato.

Estando el presidente sentado en el tribunal le mandó recado su mujer, diciendo: “Guárdate de hacer mal a ese justo, porque hoy he padecido mucho en sueños a causa de él”.

Era costumbre que en las grandes solemnidades el presidente pudiese en libertad a alguno de los encarcelados, según la voluntad del pueblo. Por entonces había en la cárcel un preso famoso llamado Barrabbás. Reunidos, pues, todos, Pilato dijo: “Es costumbre entre vosotros que en la solemnidad de la Pascua se de libertad a un reo, ¿queréis que le sea dada al rey de los judíos?”

Exclamaron todos a voces y dijeron: “De ningún modo pongas a éste en libertad, sino a Barrabbás”. Este Barrabbás era un ladrón que había sido puesto en la cárcel por una sedición y asesinato que había cometido en la ciudad.

Y también el pueblo comenzó a gritar y a pedir que se cumpliera con la costumbre.

Pilato respondió y les dijo: “¿A quién queréis que os ponga en libertad: a Barrabbás o a Jesús, que se llama Mesías y rey de los Judíos?” Porque Pilato sabía que la envidia les había movido a entregarle.

Los príncipes de los sacerdote y los ancianos persuadieron al pueblo a pedir la libertad de Barrabbás y que Jesús fuera condenado.

Respondió el presidente, y les dijo: “¿A cuál de los dos queréis que de libertad?”

Y todos dijeron: “A Barrabbás”.

Les dijo Pilato: “¿Y que voy a hacer con Jesús, que se dice Mesías?”

Exclamaron todos: “Crucifícale”.

De nuevo Pilato les dirigió la palabra, porque le quería salvar. Pero ellos gritaron: “Crucifícale, crucifícale, y suéltanos a Barrabbás”.

Por tercera vez les dijo Pilato: “Pero ¿qué mal ha hecho éste? No hallo en él motivo para condenarle a muerte; le castigaré y le daré libertad”.

Pero ellos exclamaron a gritos pidiendo que le crucificara; y su gritería crecía por momentos, igual que la voz de los príncipes de los sacerdotes.

Entonces Pilato les puso en libertad a Barrabbás como ellos pedían; el cual había sido encarcelado por una sedición y un asesinato; y mandó que Jesús fuera azotado.

Los soldados de guardia, apoderándose de Jesús, le introdujeron en el pretorio, reunieron alrededor a toda la cohorte, y desnudándole de sus vestiduras le pusieron una clámide de escarlata, y tejiendo una corona de espinas se la pusieron en la cabeza, y en la diestra una caña. Y burlándose de él, doblaban la rodilla y le adoraban, diciendo: “Yo te saludo, rey de los Judíos”.

Y cogiéndole la caña de la mano, le escupían a la cara y le daban golpes con la caña.

Salió de nuevo Pilatos afuera y dijo a los judíos: “Ved que os le presento para que veáis que no hallo causa para condenarle”.

Salió, pues, Jesús, llevando en la cabeza la corona de espinas y el manto de púrpura. Y dijo Pilato: “Ved al hombre”.

En cuanto le vieron los príncipes de los sacerdotes y sus servidores, comenzaron a gritar: “Crucifícale, crucifícale”. Les dijo Pilato: “Tomadle vosotros y crucificadle; yo no hallo motivo para crucificarle”.

Dijeron los judíos: “Nosotros tenemos la ley, y, según ella, merece la muerte, porque se ha hecho Hijo de Dios”.

Oyendo esto Pilato, temió más, y de nuevo volvió al atrio y dijo a Jesús: “¿Cuál es tu origen?” Pero Jesús no le contestó. Y Pilato le dijo: “¿A mi no me hablas? ¿No sabes que tengo poder para ponerte en libertad y para crucificarte?”

Respondióle Jesús: “No tendrías ningún poder sobre mí si no te hubiera sido dado de arriba. Por eso el que me ha entregado a ti es reo de mayor pecado”.

Y desde este momento, quiso Pilato dejarle libre; pero los judíos gritaron: “Si sueltas a éste no eres amigo del César, porque todo el que se hace rey contradice al César”.

Oyendo esto Pilato, sacó afuera a Jesús, y puso el tribunal en el lugar llamado Litóstrotos, que en hebreo se llama Gabbatha.

Era aquel el día de la víspera de Pascua, y la hora sexta, y dijo Pilato a los judíos. “Mirad a vuestro rey”. Pero ellos gritaron: “Quítale, quítale, crucifica, crucifícale”. Les dijo Pilato: “¿A vuestro rey he

de crucificar?” Respondieron los pontífices: “No reconocemos otro rey que a César”.

Pilato, viendo que todo era en vano y que el tumulto crecía, tomando agua se lavó las manos delante del pueblo, diciendo: “Yo soy inocente de la muerte de este justo; vosotros responderéis”. Y gritó todo el pueblo: “Que su sangre caiga sobre nosotros y sobre nuestros hijos”.

Entonces Pilato dio orden de acceder a su voluntad, y entregó a Jesús para que le crucificaran.

Viendo Judas, el traidor, que había sido condenado, se fue y devolvió a los príncipes de los sacerdotes y a los ancianos las treinta monedas de plata, diciendo: “Pequé entregando la sangre inocente”. Y ellos dijeron: “A nosotros ¿qué nos importa? Eso por tu cuenta”.

Y Judas, arrojando el dinero en el templo, se retiró a un lugar apartado, y se ahorcó.

Los príncipes de los sacerdotes, habiendo tomado el dinero, dijeron: “No es lícito incluirlo en el tesoro, porque es precio de sangre”. Y habiendo deliberado entre sí, compraron con ello un campo de alfarero, para sepultura de peregrinos; por lo cual hasta hoy día aquel campo se llama “campo de sangre”. Entonces se cumplió lo que dijo el profeta: “Tomé treinta monedas de plata, precio del glorioso, establecido por los hijos de Israel, y los empleé en la compra de un campo de alfarero, como me ordenó el Señor”.

Y los judíos tomaron a Jesús y salieron para crucificarle; y tomando su cruz salió con ella, después de quitarle el manto de púrpura y la túnica de escarlata y ponerle de nuevo sus vestiduras.

En el camino encontraron a un hombre de Cirene, llamado Simón, padre de Alejandro y Rufo, que venía de una granja, y le obligaron a llevar la cruz de Jesús. Y tomando la cruz, se la cargaron para que la llevara detrás de Jesús; porque Jesús iba por delante.

Jesús era seguido por gran multitud de pueblo y mujeres que lloraban y daban grandes muestras de dolor por él. Volviéndose Jesús hacia ellas, dijo:

“Hijas de Jerusalén, no lloréis por mi, sino más bien por vosotras y por vuestros hijos: porque se acercan días en que dirán: Dichosas las estériles, y los vientres que no engendraron, y los pechos que no amamantaron. Entonces dirán a los montes: Caed sobre nosotros, y a las colinas: Cubridnos. Porque si con el árbol verde se hace esto, ¿qué harán con el seco?”

Y con Jesús eran conducidos dos criminales, para ser ejecutados. Cuando llegaron al lugar llamado “Calvario” en hebreo Gólgota, allí le crucificaron. Con él a los dos criminales, uno a la derecha y otro a la izquierda. Y se cumplió la Escritura, que dice: “Fue contado entre los malvados”.

Y le dieron a beber mirra, y vinagre mezclado con hiel, y probándolo, no lo quiso beber, y no lo tomó.

Los soldados, en crucificando a Jesús, tomaron sus vestiduras y las rasgaron en cuatro partes, una para cada soldado de la cohorte. La túnica era inconsútil, toda tejida de una pieza, y dijeron entre sí los soldados: “No las rasguemos, sino echémosla a suertes, para ver de quién haya de ser. Y se cumplió la Escritura, que dice: “Se repartieron mis vestidos, y sobre mi túnica echaron suertes”. Esto hicieron los soldados; y sentándose los custodiaban.

Pilato escribió sobre una tabla la causa de su muerte, y la puso sobre el madero de la cruz, encima de la cabeza de Jesús. En la tabla estaba escrito: “Este es Jesús de Nazaret, Rey de los Judíos”.

Esto lo leyeron muchos de los judíos, porque el lugar donde crucificaron a Jesús estaba cerca de la ciudad. Estaba escrito en hebreo, griego y latín. Pero los príncipes de los sacerdotes dijeron a Pilato: “No pongas Rey de los Judíos, sino que él dijo: Soy rey de los Judíos”. Y Pilato les contestó: “Lo que se ha escrito, escrito está”.

Entretando, el pueblo contemplaba el espectáculo; y los que pasaban le blasfemaban moviendo sus cabezas y diciéndole: “Vaya, ¡el que destruye el templo de Dios y en tres días lo levanta de nuevo! Si eres Hijo de Dios, baja de la cruz y sálvate a ti mismo”. Igual los príncipes de los sacerdotes, los escribas, los ancianos y los fariseos se burlaban de él, y riendo entre sí, decían: “El salvador de los demás, no se puede salvar a sí propio; si es el Mesías, elegido por Dios, y rey de Israel, que baje ahora de la cruz, para que veamos y creamos en él. Puso su confianza en Dios, que él le libre si es que se complace en él; porque decía: “Soy Hijo de Dios”.

Y también los soldados se burlaban de él, y dándole vinagre le decían: “Si es que eres rey de los judíos, sálvate a ti mismo”. Y los mismos ladrones que estaban crucificados con él le improperaban. Uno de los dos criminales que estaban crucificados con él le blasfemaba y decía: “Si eres el Mesías, sálvate a ti mismo y a nosotros”. Pero su compañero le increpó, diciendo: “¿Ni tú, que estás en el mismo suplicio, temes a Dios? Nosotros justamente, y como mereci-

mos, recibimos la paga de nuestros actos; pero éste no ha hecho absolutamente nada digno de condena". Y dijo a Cristo: "Señor, acordaos de mí cuando entréis en vuestro reino". Respondióle Jesús: "En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el paraíso".

Junto a la cruz de Jesús estaba su madre, y la hermana de su madre, María, llamada de Cleofás, y María Magdalena. Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, dijo a su madre: "Mujer, he ahí a tu hijo"; y al discípulo: "He ahí a tu madre"; y desde entonces el discípulo la recibió en su casa.

Desde la hora sexta a la nona las tinieblas cubrieron toda la tierra y el sol se oscureció.

A la hora nona exclamó Jesús con gran voz, y dijo: "Jaül, Jaül, ¿por qué me abandonaste?" Esto es: "Dios mio, Dios mio, ¿por qué me desamparaste?" Algunos de los presentes, cuando lo oyeron, dijeron: "Este llama a Elías".

Luego, sabiendo Jesús que todo se había acabado, para que se cumpliera por completo la Escritura, dijo: "Tengo sed". Había allí un jarro lleno de vinagre, y uno de los que allí estaban corrió a coger una esponja y la empapó de vinagre, y colocándola en una caña, se la acercó a la boca para darle de beber. Habiendo tomado Jesús el vinagre, dijo: "Todo se ha cumplido". Pero los demás decían: "Dejadle, veamos si viene Elías a librarle". y Jesús dijo: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen". Y exclamando de nuevo con gran voz, dijo: "Padre, en tus manos pongo mi espíritu". Esto dijo, e inclinando la cabeza entregó su alma.

Y en aquel momento el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo, y hubo terremotos y se rompieron las piedras, y los sepulcros se abrieron, resucitando y saliendo afuera muchos cuerpos difuntos. Y después de su resurrección entraron en la ciudad santa y se aparecieron a muchos. El centurión y los que con él estaban, al ver el terremoto y todo lo que sucedía, fueron poseídos de temor y dieron gloria a Dios, diciendo: "Este hombre era justo y verdaderamente Hijo de Dios". Y todas las gentes que habían acudido al espectáculo, viendo cuanto sucedía, se volvieron a la ciudad dándose golpes de pecho.

Como aquel día era víspera del sábado, dijeron los judíos: "No permanezcan los cuerpos sobre los patíbulos, puesto que es la víspera del sábado, y aquel sábado era solemne". Por eso pidieron a Pilato que se rompieran las piernas a los crucificados y se les quitara las

cruces. Fueron, pues, los soldados y rompieron las piernas al primero, y también al otro que estaba crucificado con Jesús; pero al llegar a él, como le vieron ya muerto no le rompieron las piernas, sino que uno de los soldados le atravesó el pecho con la lanza, y salió sangre y agua.

El que lo vio dio testimonio, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice verdad, para que creáis vosotros. Todo esto sucedió para se cumpliera la Escritura, que dice: “No le romperéis ningún hueso”; y en otra parte: “Vieron al que traspasaron”.

Todos los conocidos de Jesús estaban un poco alejados, contemplando lo que sucedía, y entre ellos, las mujeres que le habían seguido desde Galilea para servirle, una de las cuales era María Magdalena, y María, la madre de Santiago el menor y Jusa, y la madre de los hijos de Zebedeo, y Salomé, y otras muchas que habían subido con él a Jerusalén.

Llegada la tarde y ya para comenzar el sábado, un varón recto y honrado, llamado José, noble decurión de Arimatea, ciudad de Judea, y además discípulo de Jesús, aunque a escondidas por temor de los judíos, que no había consentido en sus designios ni en sus actos, y que esperaba el reino de Dios, se fue a Pilato y le pidió el cuerpo de Jesús. Pilato admirado de que tan pronto hubiera muerto, mandó llamar al centurión y le preguntó si ya había muerto, y cuando se cercioró de ello, ordenó al centurión que entregara el cuerpo de Jesús a José; quien comprando una sábana nueva y deponiendo el cuerpo de Jesús de la cruz, lo envolvió en ella. También fue Nicodemo, aquel que había visitado a Jesús de noche, y llevó una mezcla de mirra y áloe como de unas cien libras. Tomaron, pues, el cuerpo de Jesús y lo envolvieron con paños y ungüentos, como tienen los judíos costumbre de sepultar.

Cerca del lugar donde fue crucificado Jesús, había un huerto, y en él huerto un sepulcro excavado en la roca, en el cual nadie aún había sido enterrado. En él, pues, enterraron a Jesús, por estar cerca y porque estaba para comenzar el sábado. Y rodando una gran piedra, la pusieron contra la puerta y se retiraron.

Esta traducción se ha hecho de la primera concordancia de los cuatro Evangelios, ordenada por el filósofo Taciano, discípulo de San Justino, personaje que vivió en la segunda mitad del siglo II. Para la traducción se ha tenido presente la obra del P. Agustín Ciasca, de la Orden de Ermitaños de San Agustín, publicada en latín y árabe: “*Tatiani Evangeliorum Harmoniae arabice*”. Roma, 1888.

MARTIRIO DE SAN ESTEBAN

Elección (H. Ap., V. 1-5), traducción de don Félix Torres Amat

Por aquellos días, creciendo el número de los discípulos, se suscitó una queja de los judíos griegos contra los judíos hebreos, porque no se hacía caso de sus viudas en el servicio o distribución del sustento diario. En atención a esto, los doce Apóstoles, convocando a todos los discípulos, les dijeron: “No es justo que nosotros descuidemos la predicación de la palabra de Dios por tener cuidado de las mesas. Por tanto, hermanos, nombrad de entre vosotros siete sujetos, de buena fama, llenos del Espíritu Santo y de inteligencia, a los cuales encarguemos este ministerio. Y con esto podremos nosotros emplearnos enteramente en la oración y en la predicación de la palabra divina”. Pareció bien esta propuesta a toda la asamblea, y así nombraron a Esteban, varón lleno de fe y del Espíritu Santo.

Martirio (v. 8)

Esteban, lleno de gracia y de fortaleza, obraba grandes prodigios y milagros entre el pueblo. Levantáronse, pues, algunos de la sinagoga llamada de los Libertos, de los Cirenenses, de los Alejandrinos, de los Cilicianos y de los de Asia y trabaron disputa con Esteban.

Pero no podían contrarrestar a la sabiduría y al Espíritu que hablaba en él. Entonces sobornaron a algunos, que dijese haberle oído proferir blasfemias contra Moisés y contra Dios. Con esto alborotaron a la plebe y a los ancianos y a los escribas, y echándose sobre él le arrebataron y trajeron al concilio y presentaron testigos falsos que dijese: Este hombre no cesa de proferir palabras contra este lugar santo y contra la ley; pues nosotros le hemos oído decir que aquel

Jesús Nazareno ha de destruir este lugar y mudar las tradiciones que nos diera Moisés. Entonces, fijando en él los ojos todos los del concilio, vieron su rostro como el de un ángel.

Entonces Esteban, tomando la palabra, les hizo una recapitulación de toda la historia de su pueblo, comenzando por la vocación de Abraham, y siguiendo con la vida del pueblo en Egipto, su liberación del cautiverio por mano de Moisés, hasta la conquista de la tierra de promisión, mostrándoles cómo en todo tiempo habían resistido a la voluntad divina y no habían cumplido sus mandamientos, a pesar de los continuos prodigios obrados en su favor. Finalmente, dirigiéndose a los del concilio, exclamó:

“Hombres de dura cerviz y de corazón y oído incircuncisos, vosotros resistís siempre al Espíritu Santo; como fueron vuestros padres, así sois vosotros. ¿A qué profeta no persiguieron vuestros padres? Ellos son los que mataron a los que anunciaban la venida del Justo, a quien vosotros acabáis de entregar, y del cual habéis sido homicidas. Vosotros, que recibisteis la Ley por ministerio de ángeles y no la habéis guardado”. Al oír esto, ardían en cólera sus corazones y crujían los dientes contra él. Mas Esteban, estando lleno del Espíritu Santo y fijando los ojos en el cielo, vio la gloria de Dios y a Jesús que estaba a la derecha de Dios, y dijo “Veo los cielos abiertos, y al Hijo del hombre que está a la diestra de Dios”.

Entonces, clamando ellos con gran gritería se taparon los oídos, y todos a una se arrojaron contra él, y echándolo fuera de la ciudad le apedrearón. Y los testigos depositaron sus vestidos a los pies de un joven que se llamaba Saulo, y apedreaban a Esteban, que oraba, diciendo: “Señor, Jesús, recibe mi espíritu”. Y poniéndose de rodillas, exclamó en alta voz: “Señor, no les hagas cargo de este pecado”, y dicho esto se durmió en el Señor.

Algunos varones, temerosos de Dios, sepultaron el cuerpo de San Esteban, haciendo un gran duelo por su muerte.

CARTA DE LA IGLESIA DE ESMIRNA, QUE RELATA EL MARTIRIO DE SU OBISPO SAN POLICARPO Y SUS COM- PAÑEROS MARTIRES

En Esmirna el año 155

La Iglesia de Dios, establecida en Esmirna, a la Iglesia de Dios, establecida en Filadelfia ¹, y a todas las partes de la Iglesia santa y católica extendida por todo el mundo; que la misericordia, la paz y el amor de Dios Padre y Nuestro Señor Jesucristo sobreabunde en vosotros.

Os escribimos relatándoos el martirio de nuestros hermanos, y, en especial, del bienaventurado Policarpo, quien, con el sello de su fe, puso fin a la persecución de nuestros enemigos. Todo lo sucedido fue ya anunciado por el Señor en su Evangelio, en el cual se halla la regla de conducta que hemos de seguir. Según, El, por su permisión, fue entregado y clavado en la cruz para salvarnos. Quiso que le imitáramos, y El fue el primero de entre los justos que se puso en manos de los malvados, mostrándonos de ese modo el camino que habíamos de seguir, y así, habiéndonos precedido El, no creyéramos que era demasiado exigente en sus preceptos. Sufrió El el primero lo que nos encargó a nosotros sufrir. Se hizo nuestro modelo, enseñándonos a morir, no sólo por utilidad propia, sino también por la de nuestros hermanos.

El martirio, a aquellos que le padecen, les acarrea la gloria celestial, la cual se consigue por el abandono de las riquezas, los honores e incluso los padres. ¿Acaso tendremos por demasiado el sacrificio que hacemos a tan piadoso Señor, cuando sabemos que sobrepuja concreces lo que El hizo por sus siervos, a los que éstos pueden hacer por El? Por tanto, os vamos a narrar los triunfos de todos nuestros mártires, tal como nos consta que tuvieron lugar, su gran amor para con Dios y su paciencia en soportar los tormentos. ¿Quién no se llenará de

admiración al considerar cuán dulces les eran los azotes, gratas las llamas del eculeo, amable la espada que los hería y suaves las brasas de las hogueras? Cuando corriendo la sangre por los costados, con las entrañas palpitantes a la vista, tan constantes estaban en su fe, que aunque el pueblo conmovido no podía contener las lágrimas ante tan horrendo espectáculo, ellos solo estaban serenos y tranquilos. Ni siquiera se les oía un gemido de dolor; y así como habían aceptado con alegría los tormentos, del mismo modo los toleraban con fortaleza. A todos los asistía el Señor en los tormentos, no sólo con el recuerdo de la vida eterna, sino también templando la violencia de los dolores, para que no excediesen la resistencia de las almas. El Señor le hablaba interiormente y les confortaba, poniéndoles ante los ojos las coronas que les esperaban si eran constantes; e ahí el desprecio que hacían de los jueces, y su gloriosa paciencia. Deseaban salir de las tinieblas de este mundo, para ir a gozar de las claras moradas celestiales; contraponían la verdad a la mentira, lo terreno a lo celestial, lo eterno a lo caduco. Por una hora de sufrimientos les esperaban goces eternos.

El demonio probó contra ellos todas sus artes; pero la gracia de Cristo les asistió como un abogado fiel. También Germánico, con su valor, infundía ánimos a los demás. Habiendo sido expuestos a las fieras, el procónsul, movido de compasión, le exhortaba a que tuviese piedad al menos de su tierna edad, si le parecía que los demás bienes no merecían ser tenidos en consideración. Pero él hacía poco caso de la compasión que parecía tener por él su enemigo y no quiso aceptar el perdón que le ofrecía el juez injusto; muy al contrario, él mismo azuzaba a la fiera que se había lanzado contra él, deseoso de salir de este mundo de pecado. Viendo esto el populacho, quedó sorprendido de ver un ánimo tan varonil en los cristianos. Luego todos gritaron: “Que se castigue a los ímpios y se busque a Policarpo”.

En esto, un cristiano, llamado Quinto, natural de Frigia, y que acababa de llegar a Esmirna, él mismo se presentó al sanguinario juez para sufrir el martirio. Pero la flaqueza fue mayor que el buen deseo. Al ver venir hacia sí las fieras, temió y cambió de propósito, volviéndose de la parte del demonio, aceptando aquello contra lo que iba a luchar. El procónsul, con sus promesas, logró de él que sacrificara. En vista de esto, creemos que no son de alabar aquellos hermanos que se presentan voluntarios a los suplicios, sino más bien aquellos que habiéndose ocultado al ser descubiertos, son constantes en los tormentos. Así nos lo aconseja el Evangelio, y la experiencia lo demuestra,

porque éste que se presentó, cedió, mientras Policarpo, que fue prendido, triunfó.

Habiéndose enterado Policarpo, hombre de gran prudencia y consejo, que se le buscaba para el martirio, se ocultó. No es que huyera por cobarde, sino más bien dilataba el tiempo del martirio. Recorrió varias ciudades, y como los fieles le dijese que se diese más prisa, y se ocultase prontamente, él no se preocupaba, como si temiera alejarse del lugar del martirio. Al fin se consiguió que se escondiese en una granja. Allí, noche y día, estuvo pidiendo al Señor le diera valor para sufrir la última pena. Tres días antes de ser prendido le fue revelado su martirio. Parecióle que la almohada sobre la que dormía estaba rodeada de llamas. Al despertarse el santo anciano dijo a los que con él estaban que había de ser quemado vivo.

Cambió de retiro para estar más oculto, mas apenas llegó al nuevo refugio llegaron también sus perseguidores. Estos buscaron largo rato, y no hallándole cogieron a dos muchachos y los azotaron, hasta que uno de ellos descubrió el lugar en que se hallaba oculto Policarpo. No podía ya ocultarse aquel a quien esperaba el martirio. El jefe de Policía de Esmirna, Herodes, tenía gran deseo de presentarle en el anfiteatro, para que fuese imitador de Cristo en la Pasión. Además, ordenó que a los traidores se les recompensara como a Judas. Armado, pues, un pelotón de soldados de a caballo, salieron un viernes antes de cenar en busca de Policarpo, con uno de los muchachos a la cabeza, no como para prender a un discípulo de Cristo, sino como si se tratara de algún famoso ladrón. Encontráronle de noche oculto en una casa. Hubiera podido huir al campo, pero cansado como estaba, prefirió presentarse él mismo a esconderse de nuevo, porque decía: “Hágase la voluntad de Dios; cuando El lo quiso me escondí, y ahora que El lo dispone, lo deseo yo también”. Viendo, pues, a los soldados, bajo adonde ellos estaban y les habló cuanto su debilidad se lo permitió y el Espíritu de la gracia sobrenatural le inspiró.

Admiraban los soldados ver en él, a sus años, tanta agilidad y de que en tan buen estado de salud le hubieran encontrado tan pronto. En seguida mandó que les prepararan la mesa, cumpliendo así el precepto divino, que encarga proveer de las cosas necesarias para la vida aun a los enemigos. Luego les pidió permiso para hacer oración y cumplir sus obligaciones para con Dios. Concedido el permiso, oró por espacio de dos horas de pie, admirando su fervor a los circunstantes y hasta a los mismos soldados. Acabó su oración, pidiendo a Dios por

toda la Iglesia, por los buenos y por los malos, hasta que llegó el momento de recibir la corona de la justicia, que en todo momento había guardado. Fue montado en un asno, y cuando ya se acercaba a la ciudad, se encontraron con Herodes y su padre Nicetas, que venían en un carro. Obligáronle a montar con ellos, por ver si con este favor lograban vencer a aquel que era invencible por tormentos. Procuraron insinuarse en su ánimo y hacerle pronunciar alguna palabra menos reverente, diciéndole: “¿Qué mal puede haber en llamar señor al César y sacrificar?”, y todo lo demás que el demonio les inspiraba. Refrenábase el Santo y les oía con paciencia, hasta que no pudiendo contener su celo, prorrumpió en estas palabras: “No habrá cosa que pueda hacerme mudar de propósito: ni el fuego, ni la espada, ni las prisiones, ni el hambre, ni el destierro, ni los azotes”. Irritados ellos con esta respuesta, cuando más veloz iba el carro arrojaron a Policarpo al camino, rompiéndosele una pierna al caer, lo que no le impidió acudir con presteza al anfiteatro, sin preocuparse mucho de sus dolores.

Al entrar en el anfiteatro se oyó una voz del cielo que decía: “Sé fuerte, Policarpo”. Esta voz sólo la oyeron los cristianos que estaban en la arena; pero de los gentiles nadie la oyó. Cuando fue llevado ante el palco del procónsul, confesó valerosamente al Señor, despreciando las amenazas del juez. El procónsul procuró por todos los medios hacerle apostatar, diciéndole tuviera compasión de su avanzada edad, ya que parecía no hacer caso de los tormentos. “¿cómo ha de sufrir tu vejez —le decía— lo que a los jóvenes espanta? Debe jurar por el honor del César y por su fortuna. Arrepiéntete y di: “Mueran los ímpios”. Animado el procónsul, prosiguió: “Jura también por la fortuna del César y reniega de Cristo”. “Ochenta y seis años ha —respondió Policarpo— que le sirvo y jamás me ha hecho mal; al contrario, me ha colmado de bienes, ¿cómo puedo odiar a aquel a quien siempre he servido, a mi Maestro, mi Salvador, de quien espero mi felicidad, al que castiga a los malos y es el vengador de los justos?” Mas como el procónsul insistiese en hacerle jurar por la fortuna del César, él le respondió: “¿Por qué pretendes hacerme jurar por la fortuna del César? ¿Acaso ignoras mi religión? Te he dicho públicamente que soy cristiano, y por más que te enfurezcas, yo soy feliz. Si deseas saber qué doctrina es ésta, dame un día de plazo, pues estoy dispuesto a instruirte en ella si tú lo estás para escucharme”. Repuso el procónsul: “Da explicaciones al pueblo y no a mí”. Respondióle Policarpo:

“A vuestra autoridad es a quien debemos obedecer, mientras no nos mandéis cosas injustas y contra nuestras conciencias. Nuestra religión nos enseña a tributar el honor debido a las autoridades que dimanan de la de Dios y obedecer sus órdenes. En canto al pueblo, le juzgo indigno, y no creo que deba darle explicaciones: lo recto es obedecer al juez, no al pueblo”.

“A mi disposición están las fieras, a las que te entregaré para que te hagan pedazos si no desistes de tu terquedad”, dijo el procónsul.

“Vengan a mi los leones –repuso Policarpo– y todos los tormentos que vuestro furor invente; me alegrarán las heridas, y los suplicios serán mi gloria, y mediré mis méritos por la intensidad del dolor. Cuanto mayor sea éste, tanto mayor será el premio que por él reciba. Estoy dispuesto a todo; por las humillaciones se consigue la gloria”.

“Si no te asustan los diente de las fieras, te entregaré a las llamas”.

“Me amenazas con un fuego que dura una hora, y luego se apaga, y te olvidas del juicio venidero y del fuego eterno, en el que arderán para siempre los impíos. ¿Pero a qué tantas palabras? Ejecuta pronto en mi tu voluntad, y si hallas un nuevo género de suplicio, estrénalo en mí”.

Mientras Policarpo decía estas cosas, de tal modo se iluminó su rostro de una luz sobrenatural, que el mismo procónsul temblaba. Luego gritó el pregonero por tres veces: “Policarpo ha confesado que es cristiano”. Todo el pueblo gentil de Esmirna, y con él los judíos, exclamaron: “Este es el doctor de Asia, el padre de los cristianos, el que ha destruido nuestros ídolos y ha violado nuestros templos; el que prohibía sacrificar y adorar a los dioses; al fin ha encontrado lo que con tantos deseos decía que anhelaba”. Y todos a una pidieron al asiarca Filipo que se lanzara contra él un león furioso; pero Filipo se excusó, diciendo que los juegos habían terminado. Entonces pidieron a voces que Policarpo fuera quemado vivo. Así se iba a cumplir lo que él había anunciado, y dando gracias al Señor, se volvió a los suyos y les dijo: “Recordad ahora, hermanos, la verdad de mi sueño”.

Entre tanto, el pueblo, y en particular los judíos, acuden corriendo a los baños y talleres en busca de leños y sarmientos. Cuando estaba ardiendo la hoguera, se acercó a ella Policarpo, se quitó el cañidor y dejó el manto, disponiéndose a desatar las correas de las sandalias, lo cual no solía hacer él, porque era tal la veneración en que le tenían los fieles, que se disputaban este honor por poder besarle los pies. La

tranquilidad de la conciencia le hacía aparecer ya rodeado de cierto esplendor aun antes de recibir la corona del martirio.

Dispuesta ya la hoguera, los verdugos le iban a atar a una columna de hierro, según era costumbre, pero el Santo les suplicó, diciendo: "Permitidme quedar como estoy; el que me ha dado el deseo del martirio, me dará también el poder soportarlo; El moderará la intensidad de las llamas. Así, pues, quedó libre; sólo le ataron las manos atrás y subió a la hoguera. Levantando entonces los ojos al cielo, exclamó: "Oh, Señor, Dios de los Angeles y de los Arcángeles, nuestra resurrección y precio de nuestro pecado, rector de todo el universo y amparo de los justos: gracias te doy porque me has tenido por digno de padecer martirio por ti, para que de este modo perciba mi corona y comience el martirio por Jesucristo en unidad del Espíritu Santo; y así, acabado hoy mi sacrificio, veas cumplidas tus promesas. Seas, pues bendito y eternamente glorificado por Jesucristo Pontífice omnipotente y eterno, y todo os sea dado con él y el Espíritu Santo, por todos los siglos de los siglos. Amén".

Terminada la oración fue puesto fuego a la hoguera, levantándose las llamas hasta el cielo. Entonces ocurrió un milagro del que fueron testigos aquellos a quienes la Providencia había escogido para que le divulgaran por todas partes. A los lados de la hoguera apareció un arco con sus extremos dirigidos hacia el cielo, a modo de vela henchida por el viento, la cual rodeaba el cuerpo del mártir, protegiéndole contra las llamas. El sagrado cuerpo tenía el aspecto de un pan recién cocido, o, mejor, de una mezcla de plata y oro fundidos, que con su brillo recreaba la vista. Un olor como de incienso y mirra o de algún exquisito ungüento disipaba el mal olor de la hoguera. De este prodigio fueron testigos aun los infieles, tanto, que se convencieron de que el cuerpo del Santo era incombustible, y así pidieron al atizador del fuego que hiriese el cuerpo con un cuchillo. Hízolo él así y brotó sangre, en tanta abundancia, que extinguió el fuego. Vióse también salir una paloma del cuerpo. Quedó el pueblo estupefacto ante el prodigio, confesando la gran diferencia a la hora de la muerte entre los cristianos y los infieles, y reconociendo la superioridad de la religión cristiana, aunque no tuvieron fuerzas para abrazarla. De este modo consumó su sacrificio Policarpo, doctor de Esmirna. Sus revelaciones siempre se realizaron.

El demonio, enemigo irreconciliable de los justos, reconociendo la gloria de aquel martirio, premio de una vida irreprochable desde la más tierna infancia, excogitó un medio para privar a los fieles de

poseer el cuerpo del mártir, por más que ellos intentaran apoderarse de él por todos los medios. Para ello sugirió a Nicetas, padre de Herodes, y hermano de Alces, que pidiera al procónsul no entregara las reliquias del mártir a los cristianos, porque se imaginaba que las habían de tributar un culto como al mismo Cristo. Esto mismo pretendían los judíos que custodiaban el cuerpo, para que los cristianos no pudieran acercarse a recogerle, ignorando que los cristianos no podemos abandonar el culto de Cristo, ni dirigir nuestras oraciones a otro que a El, que tanto padeció por redimirnos de nuestros pecados. Únicamente le adoramos a El por ser Hijo de Dios, y a los mártires y siervos suyos fieles les honramos y les pedimos que por su intercesión podamos un día ser compañeros de ellos en la gloria. El centurión, en vista de la disputa que sosteníamos con los judíos, mandó colocar el cuerpo del Santo en medio de la hoguera. Nosotros conseguimos recoger algunos huesos, como oro y piedras preciosas, y los enterramos, y el día del aniversario del martirio nos reunimos para solemnizarle como el Señor lo ordenó.

Esto es lo que ocurrió con el bienaventurado Policarpo. Consumó su martirio en Esmirna con otros doce cristianos de Filadelfia; pero él es el que ha conseguido el principal culto. Su martirio fue muy superior, y todo el pueblo le llama “su maestro”. Todos deseamos ser sus discípulos, como él lo era de Jesucristo, que venció la persecución de un juez injusto y alcanzó la corona incorruptible, dando fin a nuestros pecados. Unámonos a los Apóstoles y a todos los justos y bendigamos únicamente a Dios Padre Todopoderoso; bendigamos a Jesucristo nuestro Señor, salvador de nuestras almas, dueño de nuestros cuerpos y pastor de la Iglesia universal; bendigamos también al Espíritu Santo por quien todas las cosas nos son reveladas.

Repetidas veces me habíais pedido os comunicara las circunstancias del martirio del glorioso Policarpo, y hoy os mando esta relación por medio de nuestro hermano Marciano. Cuando vosotros os hayáis enterado, comunicadlo a las otras iglesias, a fin de que el Señor sea bendito en todas partes, y todos acaten la elección que su gracia se digna hacer de los escogidos. El puede salvarnos a nosotros mismos por Jesucristo Nuestro Señor y Redentor, por el cual y con el cual es dada a Dios toda gloria, honor, poder y grandeza, por los siglos de los siglos. Amén.

Saludad a todos los fieles; los que estamos aquí os saludamos. Asimismo os saluda Evaristo, que esto ha escrito, os saluda con toda su familia.

El martirio de Policarpo tuvo lugar el 25 de abril, el día del gran sábado, a las dos de la tarde. Fue preso por Herodes, siendo pontífice o asiarca Filipo de Trales, y procónsul Stacio Cuadrato. Gracias sean dadas a Jesucristo Nuestro Señor, a quien se debe gloria, honor, grandeza y trono eterno de generación en generación. Amén.

Este ejemplar le ha copiado Gayo de los ejemplares de Ireneo, discípulo de Policarpo. Yo, Sócrates, lo copié del ejemplar de Gayo. Yo, Pionio, he confrontado los originales y lo transcribo por revelación del glorioso Policarpo; como lo dije en la reunión de los que vivían cuando el Santo trabajaba con los escogidos. Nuestro Señor Jesucristo me reciba en el reino de los cielos, con el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo por los siglos de los siglos. Amén ².

ACTAS DE SAN JUSTINO FILOSOFO Y DE SUS COMPAÑEROS

En Roma el año 163

En tiempo en que los malvados oradores de los ídolos daban ímpios edictos por todas las regiones y ciudades del imperio romano, para que todos los seguidores de la religión de los cristianos fueran apedreados y obligados a sacrificar a los ídolos, fue hecho preso Justino y todos los que estaban con él. Fueron presentados ante el tribunal del prefecto de Roma, Rústico, quien dijo a Justino: “Obedece a los dioses y a los edictos de los emperadores”.

Le respondió Justino: “Nadie podrá ser reprendido o condenado por obedecer a nuestro Salvador Jesucristo”.

Rústico: “¿Qué ciencia o arte profesas?”

“He estudiado y practicado todas las ciencias. Al fin he abrazado la doctrina de los cristianos, aunque no agrade a aquellos que están mal informados sobre ella”.

“¿Pues, qué, miserable, esa ciencia te puede agradar?”

“Sin duda, porque me hace andar con los cristianos en el camino de la verdad”.

“¿Qué doctrina es esa?”

“La doctrina que nosotros los cristianos observamos con amor es ésta: Creemos que sólo hay un Dios, creador de todo cuanto vemos, y de los espíritus que no vemos con los ojos del cuerpo. Creemos también que Jesucristo es Hijo de Dios, anunciado desde antiguo por los profetas; que ha de venir a juzgar a todo el género humano, mensajero de salvación y Maestro de cuantos hayan aprendido de El. Yo, como hombre rudo que soy, y de ciencia limitada, no me atrevería a hablar de la grandeza de su divinidad; esto sólo lo pueden hacer los que han recibido el don de profecía. Ellos son los que anunciaron la venida al mundo de éste a quien acabo de llamar Hijo de Dios, muchos siglos antes de realizarse”.

Preguntóle el prefecto por el lugar donde se reunían los cristianos.

“Nos reunimos allí donde cada uno quiere o puede. ¿O es que te imaginas que todos nos reunimos en un mismo lugar? No es así. Porque el Dios de los cristianos no está sujeto en un lugar, pues es invisible, y llena el cielo y la tierra, y puede ser adorado y alabado por los fieles en todas partes”.

“Díme pronto dónde os reunís, y dónde juntas a tus discípulos”.

“Hasta ahora yo tenía mi morada vecina a la de un tal Martín y frente al baño Timiotino. Esta es la segunda vez que vengo a Roma, y no he vivido en otra parte que donde ya te he dicho: y a cuantos han venido a verme les he enseñado la verdadera doctrina”.

“Luego eres cristiano”, dijo Rústico.

“Sí, lo soy”, respondió Justino.

En seguida el prefecto preguntó a Caritón: “¿Eres tú también cristiano?”

“Sí, por la gracia de Dios”.

Preguntó también el prefecto a una mujer llamada Caritana si era también cristiana, a lo que ella contestó que también lo era.

Luego Rústico a Evelpisto: “¿Y tú quién eres?”

“Yo soy esclavo de César; pero Cristo me ha dado la libertad. Por la gracia de Cristo tengo la misma esperanza que todos estos que aquí ves”.

A continuación preguntó el prefecto a Hierax si era también cristiano.

“Ciertamente lo soy”, dijo él; “y adoro al mismo Dios que éstos”.

“¿Os ha hecho cristianos Justino?”, preguntó el prefecto.

“Yo, dijo Hierax, siempre lo he sido y lo seré”.

Levantóse entonces Peón y dijo: “También yo soy cristiano”.

“¿Y quién ha sido tu maestro?”

“Esta buena doctrina la recibí de mis padres”.

Después de Peón, se levantó Evelpisto, y dijo: “Yo he asistido con placer a las pláticas de Justino y, además, mis padres me enseñaron a ser cristiano”.

“¿Dónde están tus padre?”

“En Capadocia”, dijo Evelpisto.

También preguntó el prefecto a Hierax por sus padres.

“Nuestro verdadero padre es Cristo”, respondió él, “y nuestra madre la fe que tenemos en El. Mis padres de la tierra han muerto. Por lo demás, soy originario de Iconio en Frigia, y de allá me han traído aquí”.

Preguntó también el prefecto a Liberiano si era cristiano e ímpio para con los dioses.

“Yo también soy cristiano y adoro al solo Dios verdadero”.

Volviendo otra vez el prefecto a Justino le dijo:

“Oye, tú que te tienes por orador y crees tener la verdadera doctrina; si te mandara azotar de pies a cabeza, ¿piensas que entrarías en seguida en el cielo?”

“Espero recibir el premio prometido a los que guardan los preceptos de Cristo, si es que sufriera cuanto tú dices; porque sé que la gracia divina está reservada, mientras el mundo dure, para todos los que hubieran vivido de este modo”.

A esto le replicó el prefecto Rústico: “¿Luego piensas subir al cielo y recibir allí alguna recompensa?”

“No lo pienso, estoy seguro de ello; tan seguro que no me cabe duda”.

“Dejemos eso, dijo Rústico, y vengamos a la cuestión, que corre prisa. Reuníos todos y sacrificar a los dioses”.

“Nadie que juzgue rectamente dejará la verdadera religión por la impiedad y el error”, le respondió Justino.

“Si no queréis obedecer, se os atormentará si piedad”.

“Este es nuestro más vivo deseo: padecer por Nuestro Señor Jesucristo y salvarnos. Esto será nuestra confianza y salvación ante el tribunal terrible del mismo Cristo, Salvador nuestro, al que será sometido todo el mundo por disposición divina”.

Lo mismo repitieron los demás mártires. “Ejecuta pronto lo que deseas; nosotros somos cristianos y no sacrificamos a los ídolos”.

Oyendo esto el prefecto, pronunció la siguiente sentencia: “Mando que los que no han querido sacrificar a los dioses, ni obedecer las órdenes del emperador, sean azotados y llevados al lugar del suplicio, y allí degollados, como lo mandan las leyes”.

Fueron, pues, conducidos los Santos Mártires alegres al lugar donde se ajusticiaban a los delincuentes, y allí fueron primero azotados y luego decapitados, confesando al Salvador hasta el último momento. Luego algunos fieles recogieron a ocultas sus cuerpos y los sepultaron en lugar conveniente, con la gracia de Nuestro Señor Jesucristo, a quien sea dada gloria por los siglos de los siglos. Amén.

San Justino, filósofo, después de recorrer las principales ciudades de Oriente, fijó su residencia en Roma. Dirigió dos apologías en defensa de los cristianos a los emperadores. En sus frecuentes disputas con los filósofos gentiles, se atrajo las iras de

éstos, a quienes confundía ante el pueblo. Ya se temía el Santo que le habían de delatar por cristiano cuando escribía: "Espero de un día para otro ser denunciado y encarcelado por instigación de alguno de esos que se llaman filósofos, acaso a instancias de Crescente". Así sucedió; padeciendo el martirio el año segundo del imperio de Marco Aurelio, y siendo prefecto de Roma, Rústico.

MARTIRES DE LYON (a. 177)

Carta de las Iglesias de Viena y Lyon sobre el martirio de San Potino, obispo y otros muchos fieles. (Migne, Patr, gr. t., V.)

I. Los siervos de Cristo que habitan en Viena y Lyon en las Galias, a sus hermanos de Asia y Frigia, que participan de nuestra fe y nuestra esperanza en la redención, paz, gracia y gloria por el Padre y Nuestro Señor Jesucristo.

Nadie podía explicar, ni nosotros describir, la grandeza de las tribulaciones que los bienaventurados mártires han padecido, ni la rabia y furor de los gentiles contra los santos. Nuestro adversario reunió todas sus fuerzas contra nosotros, y en sus designios de perderlos, ha ido con cautela haciéndonos sentir al principio algunas señales de odio. No dejó piedra por mover, sugiriendo a sus satélites toda clase de medios contra los siervos del Señor; llegó a tal extremo que ni en las casas ni en los baños, ni aun en el foro, se toleraba nuestra presencia; en ningún lugar nos podíamos presentar.

2. La gracia de Dios nos asistió contra el demonio; ella fortaleció a los más débiles y les hizo fuertes como columnas, que resistieron a todos los empujes del enemigo. Estos, sorprendidos de improviso, soportaron toda suerte de ultrajes y tormentos que a otros hubieran parecido demasiado largos y dolorosos, pero a ellos parecíanles ligeros y suaves: tal era su deseo de unirse con Cristo.

Nos mostraron con su ejemplo que no hay comparación entre los dolores de esta vida y la gloria que en la otra hemos de poseer. En primer lugar, hubieron de sufrir todos los insultos y vejaciones que el pueblo en masa les prodigó, gritos, golpes, detenciones, confiscaciones de bienes, lapidaciones y, por fin, la cárcel; en suma, cuanto un pueblo furioso suele prodigar a sus víctimas. Todo fue soportado con

admirable constancia. Los que habían sido arrestados fueron conducidos al foro por el tribuno y los duunviros de la ciudad, e interrogados ante el pueblo. Todos confesaron su fe y fueron encarcelados hasta el regreso del legado imperial.

3. A su vuelta fueron llevados a su presencia, y como tratase con extrema dureza a los nuestros, Vecio Epágato, uno de nuestros hermanos que asistía al interrogatorio, tan encendido en el amor de Dios como en el del prójimo, y que desde muy joven había merecido los elogios que el anciano como Zacarías, por su vida austera y perfecta, caminando con firmeza por las vías del Señor, impaciente de hacerse de algún modo útil, no pudo sufrir tan manifiesta iniquidad, y lleno del celo de Dios pidió para sí la defensa de los acusados, comprometiéndose a probar que no merecían la acusación de ateísmo e impiedad. Los que rodeaban el tribunal exclamaron a voces contra él. El legado rehusó su demanda, por más justificada que fuera, y le preguntó simplemente si era cristiano: “Sí”, respondió él con voz clara y resuelta; y fue agregado al número de mártires. “Ved ahí al abogado de los cristianos”, dijo el presidente con ironía. Pero Vecio tenía dentro de sí al abogado por excelencia, al Espíritu Santo, en mayor abundancia aún que Zacarías, puesto que le inspiró entregarse a sí propio en defensa de sus hermanos. Fue y es genuino discípulo de Cristo, y sigue al Cordero por doquiera que va.

4. Desde aquel momento, también los demás confesores comenzaron a distinguirse. Los primeros mártires confesaron su fe con todo denuedo y alegría de ánimo. Entonces también se conocieron los que no estaban tan fuertes y preparados para tan furioso ataque. De éstos, diez apostaron, lo que nos produjo gran pena, y fue causa de abundantes lágrimas, porque con su conducta atemorizaron a otros muchos, que quedaron libres, los cuales, a costa de innumerables peligros, asistieron a los que habían confesado su fe.

Por aquellos días todos éramos presa de un gran temor y sobresalto por el éxito incierto de la confesión de la fe, más bien que por temor a los tormentos que se nos daban, por el de las apostasías. Cada día nuevos arrestos venían a llenar los vacío dejados por las defecciones, y muy pronto los más preclaros de los miembros de las dos iglesias, sus fundadores, estuvieron encarcelados. También lo fueron algunos siervos nuestros aunque eran gentiles, porque la orden de arresto del procónsul nos englobaba a todos. Estos desgraciados, incitados por el demonio, aterrorizados por los tormentos que veían

padecer a los fieles, y movidos a ello por los soldados, declararon que infanticidios, banquetes de carne humana, incestos y otros crímenes, que no se pueden nombrar, ni aun imaginar, ni es posible que jamás hombre alguno haya cometido, eran cometidos por nosotros los cristianos. Estas calumnias, esparcidas entre el vulgo, conmovieron de tal manera los ánimos contra nosotros, que aun aquellos que hasta entonces, por razones de parentesco, se habían mostrado moderados, se enardecieron contra nosotros. Entonces se cumplió lo que dijo el Señor: “Llegará un día en que aquellos que os quiten la vida crean hacer una obra agradable a Dios”. Desde aquellos días los mártires santísimos sufrieron tales torturas, que ni explicarse pueden, con las cuales Santán pretendía hacerles confesarse reos de los crímenes de que se los acusaba.

5. Se cebó de un modo particular el furor del pueblo, del presidente y de los soldados sobre el diácono de Viena, Santos; sobre Maturo neófito, pero, a pesar de ello, valiente atleta de Cristo; sobre Atalo, originario de Pérgamo, apoyo y columna de nuestra iglesia; sobre Blandina, en la cual demostró Cristo que lo que a los ojos de los hombres es vil, ignominioso y despreciable, es para Dios de gran estima, en razón del amor demostrado a El y de la fortaleza en confesarle; porque Dios aprecia las cosas como en sí son, no las apariencias. Todos temíamos, y en particular la que había sido su señora (también se encontraba entre los mártires), que aquel cuerpo tan diminuto y débil no podría confesar la fe hasta el fin; pero fue tal la fortaleza de Blandina, que los verdugos que se relevaban unos a otros, desde la mañana hasta la noche, después de aplicarla todos los tormentos, tuvieron que desistir, rendidos de fatiga. Agotados todos sus recursos, se confesaron vencidos, admirándose de que aun quedase con vida después de tener todo el cuerpo desgarrado y deshecho por los tormentos, llegando a confesar que una sola de las torturas hubiera bastado para causarla la muerte, cuanto más todas ellas. A pesar de todo, ella, como un fuerte atleta, renovaba sus fuerzas confesando la fe. Y pronunciando estas palabras: “Soy cristiana” y “Nosotros no hacemos maldad alguna”, parecía descansar y cobrar nuevos ánimos, olvidándose del dolor presente.

6. También Santos, habiendo experimentado en su cuerpo todos los tormentos que el ingenio humano pudo imaginar, y cuando esperaban sus verdugos que a fuerza de torturas conseguirían hacerle confesar algún crimen, estuvo tan constante y firme que no dijo su nombre

ni el de su nación, ni el de su ciudad, ni aun si era siervo o libre, sino que a todas las preguntas respondía en latín: “Soy cristiano”. Esto era para él su nombre, su patria y su raza, y los gentiles no pudieron hacerle pronunciar otras palabras. Por todo lo cual se encendió contra él de un modo especial la ira y furor del presidente y de los verdugos; hasta tal punto, que no quedándoles ya más lugar en que atormentarle, le aplicaron láminas de bronce ardiendo sobre las partes más sensibles del cuerpo. Mientras sus miembros se abrasaban, él permanecía firme e inmovible en su confesión, porque estaba bañado y fortificado por las aguas de vida que manan del cuerpo de Cristo. El cuerpo mismo del mártir atestiguaba claramente lo que había sufrido, porque todo él era una llaga, contraído y retorcido, de tal forma que ni la figura de hombre conservaba. En el cual, padeciendo el mismo Cristo, obraba grandes milagros, derrotando por completo al enemigo y dando ejemplo a los demás fieles, de que donde reina la caridad del Padre no hay nada que temer, porque el dolor se cambia en gloria para Cristo.

Pasados algunos días, aquellos malvados volvieron a atormentar al mártir, creyendo que si reiteraban los tormentos sobre las llagas sangrientas e hinchadas saldrían vencedores, porque en tal estado hasta el solo tocarlas con la mano produciría un dolor insoportable. Al menos esperaban que si morían en los tormentos, los demás se intimidarían. Nada de esto ocurrió, porque contra lo que todos esperaban, el cuerpo de repente recobró su vigor y antigua hermosura, de tal modo que el segundo tormento más bien fue para él un refrigerio que una pena.

7. Bibliada era una mujer de aquellas que habían renegado de Cristo; el diablo, creyéndola ya suya, y queriéndola hacer responsable de un nuevo crimen, el de blasfemia, la condujo al tormento, esperando que como antes se había mostrado débil y remisa, ahora conseguiría de ella hacerla confesar nuestros crímenes. Pero ella lo rehusó, aunque la aplicaron el tormento, y recapacitando y como despertando de un profundo sueño, los tormentos que tenía presentes la hicieron pensar en los del infierno. Y dijo a sus verdugos: “¿Cómo creéis vosotros que unos hombres a quienes está prohibido comer carne de animales han de comerse a los niños?” Desde aquel momento se confesó cristiana y fue contada entre el número de los mártires.

8. Como todos los tormentos inventados por los tiranos fuesen superados por la constancia que Cristo concedió a sus confesores, el

diablo inventó nuevos modos de tormentos. Se los encerró en oscúrrimos y muy incómodos calabozos, con los pies metidos en cepos y estirados hasta la quinta clavija, además de todos los inventos de nuevos suplicios que los crueles carceleros, inspirados por el demonio, imaginaron para dar tormento a sus víctimas. A tal extremo llegaron que muchos perecieron asfixiados en las cárceles; Dios, que en todas las cosas muestra su gloria, les había reservado tal género de muerte. Otros que habían sido tan atrozmente martirizados que ni imaginarse podía, quedaron con vida, aunque se les hubieran aplicado todos los remedios, continuaron en la cárcel, destituidos de auxilio humano, pero confortados por el Señor, firmes espiritual y corporalmente, los cuales enardecían y consolaban a los demás. Otros que habían sido apresados posteriormente y que no estaban tan acostumbrados a los tormentos, no pudiendo soportar los padecimientos de la cárcel, expiraron en ella.

9. El bienaventurado Potino, obispo de la iglesia de Lyon, más que nonagenario, y con el cuerpo tan débil que apenas retenía en sí el espíritu, recobró nuevos bríos ante la inminencia del martirio; también el fue conducido al tribunal. Su cuerpo, débil por la edad, y además enfermo, encerraba un alma dispuesta a triunfar por Cristo. Fue llevado al tribunal por los soldados, acompañándole los magistrados de la ciudad y una muchedumbre inmensa, que le aclamaba a voces como si él fuera el mismo Cristo. Ante el tribunal dio egregio testimonio de su fe. Preguntado por el presidente cuál era el Dios de los cristianos, respondió: "Si eres digno le conocerás". Luego, sin respeto alguno, fue arrastrado y cubierto de heridas, porque los que estaban cercanos a él le dieron de patadas y puñetazos, sin el menor respeto a sus canas. Los que estaban más lejos le arrojaron cuanto les vino a las manos: todos ellos se hubieran creído reos de un gran crimen si no le hubieran atormentado cuando pudieron. Así creían vengar la injuria de sus dioses. En aquel estado fue llevado a la cárcel, donde expiró a los dos días.

10. Entonces brilló de un modo particular la providencia divina, y se manifestó la inmensa misericordia de Jesucristo en un hecho que a nosotros nos parece raro, pero muy propio de la sabiduría y bondad de Cristo. Todos aquellos hermanos que habían sido apresados cuando la primera orden de detención y que habían renegado la fe, fueron encarcelados lo mismo que los que la habían confesado, y sufrían las mismas penalidades que los mártires. Nada les valió su apostasía. Aque-

llos que se confesaron cristianos fueron encarcelados como tales, y no se les imputó otro crimen. En cambio, a los otros se le encarcelaba como a homicidas y hombres criminales, y sufrían doble tormento que los demás. Porque a los verdaderos mártires les consolaba y daba ánimo el gozo del martirio, la esperanza de la gloria y el amor a Jesucristo y del Espíritu del Padre. Por el contrario, a los renegados les remordía su conciencia, tanto que con sólo mirarlos a la cara se les conocía y se les distinguía de los demás. Los verdaderos mártires andaban alegres, reflejándose en sus caras una cierta majestad y nobleza, de modo que las cadenas para ellos eran un adorno, que aumentaba su hermosura, como la de una desposada vestida de su traje de boda. A los apóstatas se les veía con la cabeza baja, sucios, mal vestidos, cubiertos de ignominia hasta para los mismos gentiles, que despreciaba su cobardía y los trataban como a asesinos confesos por su propio testimonio. Habían perdido el glorioso y salutífero nombre de cristianos. Todo esto era un gran estímulo para los confesores de la fe que lo veían. Cuando después eran apedreados algunos otros, en seguida confesaban la fe para no caer en la tentación de cambiar de propósito.

11. Más tarde se dividió a los mártires por grupos, según el género de martirio: de esta suerte los gloriosos confesores presentaron al Padre una corona tejida de flores de diversos colores. Era justo que aquellos valientes luchadores que habían tenido tantos combates y tantos triunfos, recibieran la corona de la inmortalidad.

Maturo, Santos, Blandina y Atalo fueron condenados a las bestias en el anfiteatro, para dar un público espectáculo de inhumanidad gentilicia a costa de los cristianos. Maturo y Santos de nuevo soportaron en el anfiteatro toda la serie de los tormentos como si antes nada hubieran sufrido; o, mejor dicho, como atletas que, superados la mayor parte de los obstáculos, luchan por conseguir la corona. De nuevo debieron padecer los mismos suplicios; las varas, los mordiscos de las fieras que los arrastraban por la arena y todo lo que el vulgo furioso pedía a gritos. Al fin las parrillas al rojo, sobre las cuales se asaban las carnes de los mártires, despidiendo olor intolerable, que se extendía por todo el anfiteatro. Ni esto bastó para calmar aquellos instintos sanguinarios; muy al contrario, aumentó su furor con el deseo de vencer la constancia de los mártires. A Santos no consiguieron hacerle pronunciar otra palabra que aquella que había repetido desde el principio: "Soy cristiano". Por fin, después de tan horrible martirio,

como aún respirasen, fue mandado que los degollasen. Aquel día ellos dieron el espectáculo al mundo en lugar de los variados juegos de los gladiadores.

Blandina fue expuesta a las fieras suspendida en un poste. Atada a él en forma de cruz, constantemente estuvo haciendo oración a Dios, con lo cual esforzaba el valor de los demás mártires, los cuales, en la persona de la hermana, veían con sus propios ojos la imagen de aquel que murió crucificado por su salvación, y para demostrar a los que creyeran en él que todo aquel que padeciera por la gloria de Cristo había de ser partícipe con Dios.

No atacando ninguna fiera el cuerpo de la mártir, fue depuesta del madero y encerrada en la cárcel, reservándola para un nuevo combate. Vencido el enemigo en todas estas escaramuzas, la derrota de la tortuosa serpiente sería inevitable y segura, y con su ejemplo estimularía el valor de los hermanos. Puesto que aunque de por sí era delicada y despreciable, revestida de la fortaleza del invicto atleta Cristo, triunfaría repetidas veces del enemigo y conseguiría, en glorioso combate, una corona inmarcesible.

El populacho pidió a grandes voces el suplicio de Atalo, porque era de familia noble; él se presentó al combate con la conciencia tranquila por haber obrado con rectitud. Porque estaba bien impuesto en la doctrina del cristianismo y siempre había sido entre nosotros un fiel testigo de la verdad. Paseáronle por el anfiteatro, y delante de él era llevada una tabla, sobre la cual se había escrito en latín: “Este es Atalo, el cristiano”, lo cual fue motivo para que los espectadores se enardecieran más contra él. Cuando el legado se dio cuenta de que era ciudadano romano, mandó que fuera de nuevo conducido a la cárcel con todos los demás. Luego consultó al César sobre lo que había de hacerse con los encarcelados, y esperó su respuesta.

12. Esta tregua no fue infructuosa y sin provecho, porque gracias a la indulgencia de los confesores se reveló la inmensa misericordia de Cristo; los miembros de la iglesia que habían perecido, con la ayuda y solicitud de los miembros vivos, fueron devueltos a la vida, y con gran gozo de la iglesia virgen y madre, volvieron a su seno sanos y salvos aquellos hijos abortivos que ella había arrojado... Por mediación de los mártires santísimos aquellos otros que habían adjurado la fe volvieron a la iglesia y fueron como concebidos de nuevo, y animados de nuevo con calor vital aprendían a confesar la fe. Cuando estuvieron ya devueltos a la vida y confortados por la misericordia de

Dios, que no quiere la muerte del pecador, sino más bien que se arrepienta y viva por segunda vez, se presentaron al tribunal para ser interrogados por el legado; porque ya éste había recibido un rescripto del emperador, según el cual los que perseveraran en la confesión de la fe debían ser decapitados, y los que renegasen absueltos y puestos en libertad. El día de la gran feria, que se celebra entre nosotros, y a la que acuden mercaderes de todas las provincias, el legado mandó comparecer a los mártires ante su tribunal, intentando dar al pueblo una especie de función teatral. En el nuevo interrogatorio todos los que eran ciudadanos romanos fueron condenados a la pena capital y los demás a ser expuestos a las fieras.

13. Aquello fue un triunfo para Cristo; todos los que antes habían negado la fe, entonces la confesaron con gran valentía contra todo lo que esperaban los gentiles. Se los interrogó aparte de los demás, creyendo que renegarían la fe y serían puestos en libertad; pero como confesaron, fueron agregados al grupo de los mártires. Sólo quedaron fuera aquellos en cuyas almas no había ni rastro de fe, ni respeto por el traje del Bautismo, ni traza de temor de Dios; hijos de perdición, que con su manera de vivir infamaban la religión que profesaban. Todos los otros fueron incorporados a la Iglesia. Cuando éstos eran interrogados, Alejandro, frigio de nación, y de profesión médico, quien ya hacía muchos años que moraba en las Galias, y a quien todos conocían por su gran amor de Dios y su celo por predicar la fe (porque en él habitaba la gracia de la predicación), se hallaba junto al tribunal y animaba con gestos y ademanes a los confesores. Pero el populacho, irritado ya porque los que habían apostado confesaban de nuevo la fe, comenzó a vociferar contra Alejandro, acusándole de ser el causante de tal retractación. Instando el presidente, le preguntó quien era. Como contestase que era cristiano, irritado el juez le condenó a las fieras. Al día siguiente fue echado a ellas junto con Atalo, porque el legado no quiso oponerse a las reclamaciones del pueblo. Ambos, después de pasar por todos los tormentos inventados por el odio contra los cristianos, después de un magnífico combate, fueron degollados. Alejandro en todo el tiempo que duró el martirio no pronunció una palabra ni exhaló un gemido, sino que estuvo abstraído en Dios. Atalo, por su parte, al ser tostado en una parrilla, como exhalase muy mal olor su cuerpo, habló de esta manera al pueblo: “Esto que estáis haciendo, esto es comerse a los hombres; nosotros ni nos comemos a los hombres, ni hacemos mal ninguno”. Y como los

gentiles le preguntasen por el nombre de Dios, contestó: “Dios no tiene un nombre como nosotros los mortales”.

14. Después de todos éstos, el último día de los espectáculos de nuevo tocó la vez a Blandina, con el joven de quince años Póntico. Los dos en días anteriores habían sido introducidos para que vieran cómo eran atormentados los demás. Fuero varias veces incitados a jurar por los dioses de los gentiles, pero como permaneciesen firmes en su propósito y se burlasen de ellos, esto les atrajo de tal modo las iras del populacho, que no tuvieron consideración alguna con la tierna edad del uno y la debilidad del sexo de la otra. Experimentaron en ellos toda clase de torturas y vejaciones para conseguir hacerlos jurar por los dioses, pero todo inútil. Todos los espectadores se daban cuenta de que las exhortaciones de la hermana eran las que sostenían al joven, que finalmente después de sufrir con gran ánimo los tormentos expiró.

Ya sólo quedaba Blandina, que como una madre había animado a sus hijos al combate, y había hecho que todos la precedieran vencedores delante del rey, siguiéndoles a todos ella por el sangriento sendero que habían trazado, gozosa de su próximo triunfo, como quien ha sido convidado a un banquete nupcial, no como un condenado a las bestias. Después de tolerar los azotes, después de ser arrastrada por las fieras, después de las parrillas ardientes, fue envuelta en una red y expuesta a un toro bravo, el cual la lanzó repetidas veces por los aires, pero ella no sintió nada: tan abstraída estaba en la esperanza de los bienes futuros y en su íntima unión con Cristo. Al fin la degollaron. Los mismos gentiles llegaron a confesar que nunca entre ellos se había visto a una mujer padecer tantos tormentos.

15. Ni con todo esto llegó a calmarse el furor y saña de los gentiles contra los cristianos. Aquellas gentes, bárbaras y feroces, exacerbadas más aún por la rabia de la bestia cruel, no eran fáciles de aplacar. Su saña se cebó en los cuerpos de los mártires. La vergüenza de su derrota no les hacía humillarse, parecían no tener ni sentimientos ni razón humana. La rabia y furor del delegado y del pueblo crecían como los de una fiera, por más que no hubiera motivo alguno para odiarnos de aquel modo. Así se cumplía la escritura, que dice: “El malvado que se pervierta más aún, y el justo, justifíquese más”.. Los cuerpos de los que habían muerto asfixiados en la cárcel fueron arrojados a los perros, poniendo guardia de día y de noche para que no pudiéramos recogerlos y sepultarlos. Lo que perdonaron las fieras

y el fuego, trozos desgarrados, miembros tostados y carbonizados, cabezas truncadas, cuerpos mutilados, todo ello quedó urante muchos días insepulto, con una escolta militar para guardarlo. Y aún había quienes se enfurecían y rechinaban los dientes contra los muertos, y hubieran querido les aplicasen más refinados tormentos. Otros se reían y los insultaban, dando gloria y exaltando a los dioses por las penas que habían hecho padecer a los mártires. Algunos otros, un poco más humanos, y que aparentaban tenernos compasión, también nos escarnecían diciendo: “¿Dónde está su Dios? ¿Y qué les ha aprovechado su religión por la cual han dado sus vidas?” Esta era la actitud de los gentiles para con nosotros. Por nuestra parte el dolor era muy grande por no poder sepultar los cadáveres. Porque ni de noche, ni a fuerza de dinero, ni con súplicas, pudimos doblegar sus voluntades; al contrario, ponían todo su empeño en custodiar los cadáveres como si de ello se les siguiera un gran beneficio.

16. Así, pues, los cuerpos de los mártires fueron objeto de toda suerte de ultrajes durante los seis días que estuvieron expuestos; luego se les quemó y redujo a cenizas, y éstas arrojadas a la corriente del Ródano, para que no quedara ni rastro de ellas. Con esto creían hacerse superiores a Dios y privar a los mártires de la resurrección. “De este modo, decían ellos, no les quedará ninguna esperanza de resucitar, confiados en la cual han introducido esta nueva religión, y sufren alegres los más atroces tormentos, despreciando la misma muerte. Ahora veremos si resucitan y si su Dios les puede auxiliar y librarlos de nuestras manos”.

17. Aquellos que tanto se habían esforzado por imitar a Cristo, “que teniendo la naturaleza divina nada usurpó a Dios al hacerse igual a El”, y que después de haber sido elevados a tanta gloria y de haber tolerado no uno que otro, sino tantos géneros de suplicios, que sabían lo que eran las fieras y la cárcel, que aun conservaban las llagas de las quemaduras y tenían los cuerpos cubiertos de cicatrices; aquellos hombres, pues, no osaban llamarse mártires, ni permitían que se lo llamaran. Si algunos de nosotros, por escrito o de palabra, se atrevía a llamárselo, le reprendían con severidad. Tal título de mártir sólo le daban a Cristo, testigo verdadero y fiel, primogénito de los muertos y principio y autor de la vida divina. También concedían este título a aquellos que habían muerto en la confesión de la fe. “Ellos ya son mártires, decían, porque Cristo ha recibido su confesión y la ha sellado como con su anillo. Nosotros sólo somos pobres y humildes confe-